

	GIMNASIO SABIO CALDAS (IED) Nuestra escuela: una opción para la vida PLAN ESCOLAR NO PRESENCIAL	Código	PENP - 01
		Versión	001
		Fecha	18/03/2020
		Proceso	Gestión Académica

DOCENTE	Nubia Cristina Ríos Melo		GRADO	Cuarto
ASIGNATURA	Español			
Correo electrónico de contacto	nubiacrystina.rios@sabiocaldas.edu.co			
Fecha de envío	Octubre 26 de 2020	Fecha de entrega	Octubre 30 de 2020	
Tiempo de ejecución de la actividad		4 horas		
TEMA	Plan lector			

Contextualización

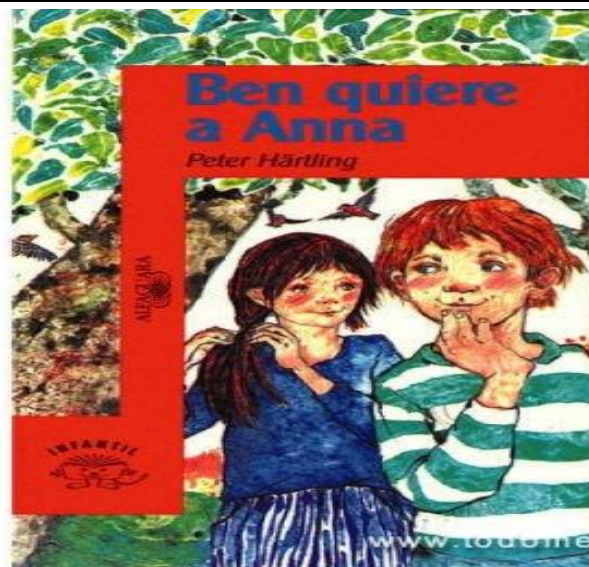


Los estudiantes harán la lectura mental y verbal de los capítulos, 9 **Ben se pone guapo** y 10 **Callos a la polaca y la sorpresa de Anna**, estos capítulos los tendrán como documento adjunto a la guía en PDF, también podrán leerlo en el link que se encuentra en la webgrafía y en el libro que tienen en casa, el cual adquirieron para las clases de plan lector. Luego realizarán las actividades propuestas para la comprensión de este.

Descripción de la actividad sugerida

NO DEBES IMPRIMIR LA GUÍA, YA QUE LAS ACTIVIDADES SE DESARROLLARÁN EN EL CUADERNO DE **PLAN LECTOR**.

1. Subraya las palabras desconocidas y escribe el significado.
2. Teniendo en cuenta el proceso de comunicación y los elementos (emisor, receptor, mensaje, código, canal y contexto) elabora el dibujo de dos procesos de comunicación que se observen en la lectura de los dos capítulos, e identifica en ellos los elementos (recuerda señalarlos con una flecha).
3. Elabora 5 preguntas con sus respuestas relacionadas con la lectura de los dos capítulos.



Webgrafía/material fotocopiado (Anexo)

<https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWVpbnxob21vbGVjdG9yfGd4OjU1NmNiNGU0NzY0MDZzMzY>

Criterios de Evaluación

- ❖ Analiza textos literarios al través del desarrollo de actividades lúdicas.

—Bueno —dijo madre—, los polacos tienen fama de hospitalarios.

—No son polacos —corrigió Ben.

—Como tú quieras —respondió madre.

Por la tarde se encerró en su cuarto. Holger fue a jugar al ping-pong y lo dejó tranquilo.

Ben, en su escritorio, escribía lentamente, frase por frase:

Anna no es tan alta como yo.

Anna es alemana y ha nacido en Polonia.

Pero es alemana.

Yo quiero a Anna.

Anna es de Katowice, con e final.

Anna tiene el pelo negro y se peina con una sola trenza.

Anna es diferente de las otras chicas.

Anna es guapa. Por los ojos.

Es probable que yo a Anna le guste.

A mí Anna me gusta mucho.

Anna casi me besa.

Los ojos de Anna son los más bonitos.

Palabra.

Ben releyó lo que había escrito y le dio vergüenza. Arrugó la hoja y la tiró a la papelera.

No tenía que hacer los deberes. ¡Toda la semana sin tener que hacer los deberes! Sacó la caja de Gertrudis al jardín. A Anna no le había hablado todavía de Gertrudis, su conejilla de Indias. Seguro que iba a gustarle.

Ben se pone guapo

Ben se despertó tarde. Madre no le había llamado. La víspera le dijo que disfrutara de las vacaciones. Ni siquiera Holger, con los discos a todo volumen, había conseguido perturbar su sueño.

Madre entró en el cuarto.

—¡Hace sol! ¡El desayuno está esperando!

—¡Grete! —Ben se desperezaba sin prisas y madre tuvo que amenazar con hacerle cosquillas para sacarlo de la cama.

Se acordó de que le habían invitado.

—¡Tengo que irme! Me esperan a comer. Anna estará impaciente.

Madre subió las persianas y Ben parpadeó al sol.

—¡Como en verano! —dijo.

—Exacto —dijo madre—. Y tú durmiendo como una tortuga en invierno. No hace falta que te pongas nervioso. Son las

diez. Tienes dos horas. ¿Sabes que mañana va a venir el tío Gerhard?

—Claro.

Holger ya había desplegado todos sus cachivaches electrónicos para que el tío Gerhard se los ordenara.

—Esperemos que no se pasen todo el día con ellos —dijo madre.

Cuando el tío Gerhard se ponía a hacer experimentos, madre era la única capaz de devolverlo a la vida social.

—Lo primero que tienes que hacer es sacar a Gertrudis al jardín —dijo madre—. Esa conejilla apesta.

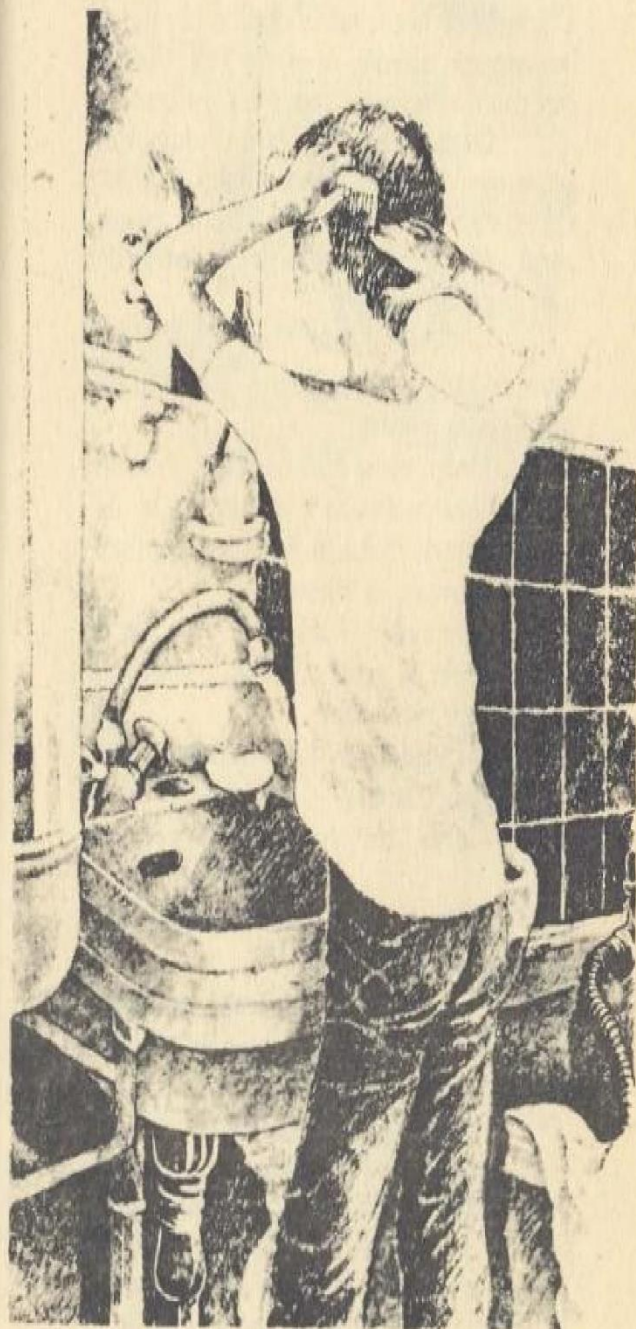
Salió corriendo al jardín, en pijama, se sentó en el césped con la cara al sol. Soplabla una tibia brisa. ¡Qué bien se sentía! ¡Sin escuela! Un tiempo magnífico. La comida en casa de Anna. Les tenía un poco de miedo a los padres de Anna y a toda aquella gente. Holger abrió la ventana de par en par, sonrió burlonamente y le gritó:

—¡Dormilón!

—¡Depredador! —le respondió Ben.

Holger estaba de tan buen humor como él. Dejó de fastidiarle e hizo volar una flecha de papel sobre el césped.

Ben decidió entrar en acción y a partir de aquel momento todo fue como una seda. Se bañó a conciencia. Se lavó el pelo. Se cortó las uñas. Se secó el pelo con el secador. Se puso sus vaqueros favoritos y la camisa ancha. Con la loción de afeitar de padre se humedeció la frente y las mejillas. Se sentó



a la mesa de la cocina, le quitó a la cafetera la caperuza aislante, se sirvió café, untó el pan con mermelada y comió tranquilamente.

Llegó Holger y se acabó el idilio. Holger se quedó en vilo, como si hubiera echado raíces, miró fijamente a Ben, alzó las manos, abrió la boca y empezó a dar muestras del más profundo asombro.

—¡Grete! ¡Grete! Ven. ¡Rápido! Tienes que verlo. Extraordinario. ¡Mi hermanito! ¡Es para morirse!

Madre no se hizo de rogar. También ella se llevó las manos a la cabeza y le contempló absorta, como si Ben fuera el mismísimo Superman en persona.

—Increíble —suspiró—. ¿Te has lavado el pelo tú solo? ¿Te has bañado, así sin más, en pleno día?

—Dejadme en paz —murmuró Ben contemplando la taza.

—¡No! ¡No! ¡No! —Esta vez era madre.

—Huele como una floristería —Esta vez era Holger.

—Ya lo noté —Esta vez era madre.

—Cuenta, cuenta... —Esta vez eran Holger y madre, a coro.

—¿No te habrás puesto mi perfume? —Esta vez era madre. Aspiró profundamente, se le acercó—. No, es la loción de Horst, la que usa para afeitarse —dijo—. ¿Sí o no?

Ben asintió de forma casi imperceptible. Había ido resbalando hasta el borde de

la silla, con la intención de despegar y largarse a toda prisa.

A Holger no había quien lo calmara.

—¡Lo loción de padre! ¡Demasiado!

¿Es que también te has afeitado?

—Síiiiiii —rebuznó Ben antes de desaparecer de un salto.

—¡Paaaaara! —le gritó madre—. Tengo que darte un ramo de flores para la madre de Anna. Espera.

—¡No hace falta! —dijo Ben.

—¡Más flor que él...! —relinchó Holger.

Callos a la polaca y la sorpresa de Anna

También Anna se dio cuenta.

—Te pusiste guapo —dijo—. Por nosotros no hacía falta.

Ella llevaba unos vaqueros de pana. Ben no recordaba haberla visto así vestida en la escuela.

Anna lo empujó para que entrara. A Ben le pareció que allí dentro había incluso más gente que la última vez. No se esforzó por distinguirlos. A Frau y Herr Mitschek ya los conocía.

Reinó el silencio unos instantes. Lo miraron e inclinaron la cabeza para saludarle. Y siguieron hablando, todos a la vez, en alemán y en polaco. Ben se sintió a sus anchas. Le gustó aquel alborozo.

Anna es pobre, pensó, pero se lo pasa bien porque esta gente es muy distinta.

En el centro de la mesa había dos ollas



humeantes y una fuente de patatas. Herr Mitschek era el que servía. Empezó por Ben.

—¿Te pongo mucho? —le preguntó. Vio que Ben titubeaba y le sirvió poquito. Luego añadió media patata—. Si te gusta habrá más —le dijo.

Era una especie de sopa, espesa y de color parduzco, con pedazos de carne blanca. Sabía un poco ácida pero estaba buena. Y la carne también. Ben no se atrevió a preguntar qué era.

En el momento menos pensado Anna le dirigió la palabra y Ben se asustó. Tanta fue la sorpresa que el tenedor falló la boca y se pinchó la nariz.

—Son callos a la polaca, sabes —le dijo Anna.

Asintió y siguió comiendo. Le dolía la nariz. Callos. Madre solía decir que era capaz de cocinar y comer de todo, menos callos.

—Están ricos —dijo.

—¿Quieres más, Ben? —le preguntó Frau Mitschek.

Le pusieron un buen plato. Grete, a veces, se equivocaba. Cuando acabaron de comer Anna le preguntó:

—¿Quieres que te enseñe mi escondite?

—Claro —dijo Ben.

Atravesaron la sucia plaza que se extendía por delante de las barracas y tomaron un sendero entre huertos.

Anna conocía perfectamente el terre-

no. Por aquí anda siempre sola, pensó Ben. Sentía como una especie de envidia. O celos.

El sendero terminaba en la vía del tren. Los carriles estaban oxidados y entre las traviesas crecía la hierba.

Anna le precedía brincando por las traviesas.

—¡Ven! —le dijo.

A Ben le parecía todo muy grande. Corrió detrás de ella, tratando de saltar de una traviesa a otra sin conseguirlo.

—¡Demasiado! —gritó Ben levantando los brazos.

—¿Es bonito, no? —dijo Anna—. En seguida llega la sorpresa.

La sorpresa se escondía entre la maleza, al lado mismo de la vía: una casita de madera. Más alta que ancha. Debió haber servido para guardar herramientas y de refugio para los guardavías cuando hacía mal tiempo.

Anna se detuvo delante de la puerta.

—Tienes que esperar un poco —le ordenó—. Primero voy a echar un vistazo. No sé si está todo en su sitio.

—¿Es tuya? —preguntó Ben.

—Sí —le respondió orgullosamente Anna.

—Anda, te espero.

La oyó trajinar por la casita. Al cabo de un rato Anna le abrió la puerta y dijo:

—Sírvase usted pasar, caballero.

En el suelo de tablas había un colchón viejo y por encima del colchón, tapando la

mitad, una manta de colores. Había hasta una silla y una estantería con tebeos. Y cinco botes de té, abollados, en hilera.

Anna sacó un pedazo de chocolate de uno de ellos. Luego se sentó en el colchón. Anna, aquí, parecía mucho más segura de sí misma que en la escuela. Así me gusta, pensó Ben.

Se sentó a su lado y se repartieron el chocolate. Ben no sabía qué decir. Fue Anna la que habló de la carta.

—¿Es verdad lo que me escribiste?

—¿Qué?

—Que te gusta.

—Sí, es cierto.

—Tú a mí también me gustas.

Ben no la miró, masticaba el chocolate.

—¿Sí? —preguntó.

—Sí —dijo ella—. De verdad.

—Tengo sueño —dijo Anna dejándose caer sobre el colchón—. Echate tú también.

Se quedaron así un buen rato. Ben de espaldas a Anna.

—Date la vuelta.

Ben se dio la vuelta. La cara de Anna estaba al lado mismo de la suya. Ben sentía su aliento en la mejilla y en la frente. Cerró los ojos. Anna le pasó el dedo por el rostro. Luego, de repente, por los labios. Haciéndole cosquillas.

—Mira que te muerdo.

—Atrévete —dijo ella.

Ben la atrajo hacia sí, sin abrir los ojos, y mordió.

—¡Ay! ¡Mi brazo! —gritó Anna.

Ben rió.

—Siento tu calor —dijo.

—Ahora vamos a dormir —dijo ella.

—Yo no tengo sueño.

—Yo tampoco —Anna rió, se levantó y saltó por encima de él.

—Vamos a sentarnos en la vía a leer tebeos. ¿Quieres?

Todo lo que a ella le gustaba, le gustaba también a Ben.

Algunos de los tebeos no los había leído. Se sentaron muy juntitos y se rieron de los dibujos. Ben sentía muy cerca la risa de Anna y puso varias veces el brazo sobre sus hombros, pero volvió a quitarlo. Me falta práctica, pensó.

—Tenemos que irnos —Anna se levantó, puso los tebeos en la estantería, alisó las arrugas de la manta y cerró bien la puerta.

Esta vez no corrieron. Caminaron lentamente entre las vías.

—¿Te quedas? —dijo Anna.

—No puedo, tengo que volver a casa.

Anna se detuvo, parpadeó y le dijo:

—Lo que sí que puedes darme es un beso.

Se precipitó en exceso. Sus labios tropezaron con la nariz de Anna y no acertó la boca hasta el final.

—¡Puh! —dijo Anna.

—Mañana vienes a casa —dijo Ben.

—Si me dejan.

—Por la tarde —dijo Ben—. Adiós.

Se le adelantó corriendo y atravesó la plaza que se extendía entre las barracas sin volver la cabeza. De tan absorto tropezó y cayó al suelo. Se lastimó las manos. Le dolían. Mierda, masculló entre dientes apretando los puños. Le dolieron aún más.

Dos visitas

Holger se apoderó inmediatamente del tío Gerhard. A Ben le sentó mal. Se había propuesto interceptarlo, pero Holger, una vez más, se levantó primero. En vista de ello, Ben decidió quedarse un rato más en la cama. Oyó la voz de padre. Padre también estaba de vacaciones. Toda la familia reunida. ¡Y encima el tío Gerhard! Al tío Gerhard lo había descrito en un ejercicio de redacción. Herr Seibmann no quiso creer lo que había escrito. Ya no quedan tíos tan raros, dijo.

El tío Gerhard se estaba riendo. Reía como nadie. Y al reír aspiraba el aire y hacía ¡juic-juic-juic! Parecía un cerdo saliendo de estampida. ¡Juic!

En aquella redacción Ben había descrito a su tío de la forma siguiente. Más o menos: El tío Gerhard es el hermano mayor de padre. A primera vista, nadie lo diría. Cuando se sale de paseo con el tío Gerhard